

Para una antología del horror y del humor negro

Años de fuego. Grandes reportajes de la última década

Varios autores

Planeta y Semana, Bogotá, 2001, 235 págs.

Estamos frente a una especie de continuación de la antología de grandes reportajes colombianos que en los años ochenta hiciera Daniel Samper Pizano.

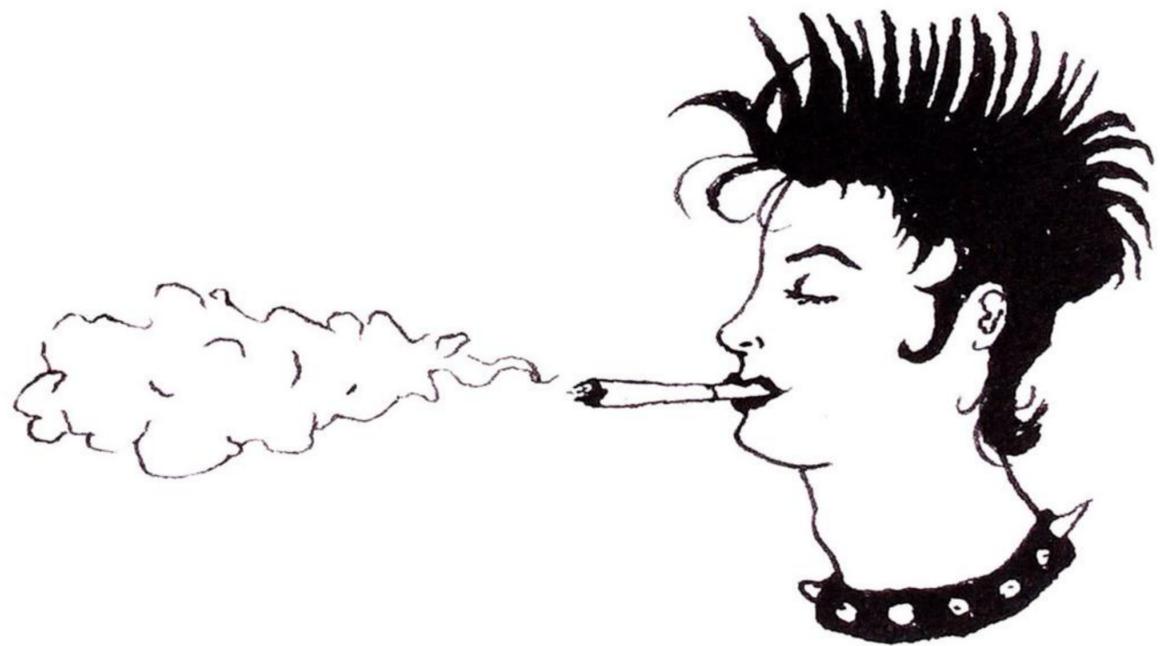
Por eso el presentador, Santos Rubino, se apresura desde la primera frase a advertir que ésta no es una radiografía de la violencia en Colombia, sino que más bien se trataría de un espejo, el mejor de los espejos posibles para que una sociedad se reconozca a sí misma. Pero al lector le asaltan las dudas cuando los reportajes se refieren casi invariablemente a lo insólito, a lo más insólito entre lo insólito de lo insólito que sucede en un país insólito. El mejor símbolo de esa continuidad con el libro de Samper y con una realidad grotescamente macondiana, es el reportaje sobre el collar-bomba puesto por unos desalmados en el cuello de una mujer, que se quedará como imagen y símbolo de los años noventa, así como la imagen de Omaira, la niña de Armero, se quedó como la imagen de los años ochenta, y una fotografía del envenenamiento con pan en Chiquinquirá es la viva imagen de los años sesenta. Esa misma Chiquinquirá de Julio Flórez que verá el caso de este *unabomber* criollo, en versión tercermundista de una crueldad ilimitada que por momentos convierte a este libro, y a la historia colombiana de los últimos años, en una antología del horror y del humor negro.

El prólogo de John Lee Anderson, del *New Yorker*, añade en su mal español que "Colombia misma es una gran narrativa épica en manos de muchos autores"... Anderson es otro de los que nos quieren hacer partíci-

pes a los ciudadanos de todos los problemas al mismo tiempo que responsables, porque "ya nadie vive al margen de nada en Colombia, quiéralo o no"; yo, buen individualista, soy de los que niegan, y seguiré negando, esa responsabilidad colectiva que sólo sirve para que tras ella se escondan los verdaderos culpables. Creo que un francés o un hindú son tan culpables de lo que aquí pasa como todos los que soportamos lo que aquí ocurre en el horroroso papel de víctimas o testigos.

Ya desde el primer párrafo del primer reportaje resalta ese entorno de realismo mágico que hemos señalado a menudo en la prosa deliciosa de Germán Castro Caycedo: "Acababa de llover y en plena sabana empezaron a saltar peces que se elevaban por encima del pasto". Buen comienzo, excelente abre-bocas. Como ya lo dije alguna vez, Germán Castro nos enseña que en Colombia todo es Macondo, lo mismo Fredonia que Aracataca.

únicamente gracias a su genio, les enrostra verdades de a puño: "Un gran periódico es como un gran piano de cola: no puede repartirse. Las teclas blancas para Alberto Lleras, las negras para Carlos, López quiere los pedales... Y por añadidura la familia, el uno quiere arrancar la pata de caoba, el otro aspira a vender las patas para leña". Amarga verdad que sigue siendo una piedra en el zapato de la familia Santos y que explica en parte como se desmoronó *El Espectador* tras el asesinato de don Guillermo Cano, cuando varias generaciones de la familia pretendieron vivir del periódico. Luego, Caballero lo agarra con sevicia llena de cariño (cariño a su manera, desde luego). Desde la primera frase resalta los rasgos físicos del personaje: "No hay nada peor que ser inteligente", solía decir Hernando Santos, que lo era, aunque se negaba en redondo a parecerlo". Las frases cortantes van demoliendo como un buen estratega,



"El hombre que cargaba un piano", de Antonio Caballero, es una obra maestra de la paradoja y la ambigüedad en el elogio. Consigue, como ningún otro, decir todo lo peor de un ser humano al mismo tiempo que lo adula... Caballero no olvida que el elogio es una forma de la crítica en esta especie de obituario dirigido a quien durante años le ha asegurado el pan cotidiano. Como el mejor *enfant terrible* de la casa de *El Tiempo*, que los demás soportan

que al mismo tiempo que ataca defiende: "A Hernando Santos la admiración le viene póstuma: nadie lo admiró en vida". Luego lo compara con su tío, el presidente Eduardo Santos, con dardos y bálsamos: "Al doctor Santos lo admiraban todos desde que era niño, aunque nadie lo quería; hasta sus más íntimos amigos lo odiaban. En cambio, a Hernando lo querían todos los que lo conocieron, incluyendo a sus enemigos. Lo querían hasta sus propios hijos: y qué

difícil, qué rara cosa es que los hijos quieran a su padre. Tuvo siete (y algunos más), y los siete lo querían como se quiere a un hijo. Lo querían hasta sus yernos, que ya es decir". Lo llama "veleta", defensor de convicciones que en realidad no tenía, contradicciones que resolvía con "un egoísmo tan devorador como el de un niño".

Y resalta que "el tiempo en Colombia es El Tiempo". Una especie de Diario Oficial, diríamos. Lo que no dice El Tiempo, no existe. Un amigo con pretensiones políticas me decía un día que es preferible ser denunciado por El Tiempo que elogiado por otros diarios. "Que hablen mal de mí, pero que hablen". Al menos tu nombre empieza a ser reconocido. Y de ahí a la fama no hay sino un paso.

El equipo periodístico de la revista Cambio escribe "A la espera", sobre la célebre reunión en El Caguán para inaugurar las conversaciones de paz, cuando, como dijo Gustavo Álvarez Gardeazábal, el presidente quedó como una novia a la que acaban de dejar vestida. Pero, más que el proceso de paz, lo que se había agitado era el *show*.

Y, desde luego, los reportajes no eluden el realismo, así se trate de realismo mágico a la vez que grotesco, como cuando el niño Jeison pide Gatorade y empanadas, en el reportaje de Germán Santamaría sobre el terremoto de Armenia, quizá el menos logrado de la serie y bastante lejos, a mi parecer, de sus crónicas sobre Armero, puesto que repite el cliché de cada tragedia, a través de la víctima anónima, con la idea de ahondar en el patetismo del destino individual... Más patética fue, sin duda, la historia de los futbolistas argentinos, aplastados en un hotel mientras hablaban por teléfono en vivo y en directo, de la cual no se escribió ninguna gran crónica, aunque la merecía, así como las palabras del padre de uno de ellos, un argentino humilde de la provincia de Córdoba, que nos dio a los pocos que lo vimos una lección de entereza, resignación y creencia en la fatalidad, así como lección de inhumanidad nos dieron los

periodistas que se apresuraron a cubrir el desastre, en directo por televisión en medio de los más grotescos comentarios. Pero creo que el presente relato no logra nunca sumergirnos en la atmósfera propia del desastre, y sus conclusiones, por ende, son menos que satisfactorias. Del saqueo propio de toda tragedia, en Armenia, Nueva York, Bagdad o Cafarnaum, la conclusión de Santamaría es pobre: "Muerte sobre muerte, fue una noche de ignominia que avergonzará a Colombia ante el mundo civilizado"... No veo por qué un país tenga que avergonzarse por un terremoto ni porque haya saqueos. Quisiera ver un solo lugar del planeta en el que, después de una tragedia, no los haya. Y todo esto, agrega Santamaría, "no obstante la pequeñez y miopía de sus dirigentes locales", dirigentes que, pese a no haber causado el terremoto ni saqueado, se apresuraron a una reconstrucción que, esa sí, cinco años más tarde, es modelo ante las naciones civilizadas. La moraleja del reportero nos dice que "ellos" (aunque la redacción no nos permite saber quienes son "ellos"), reflejan lo mejor de "la condición humana colombiana" (las comillas son mías)..., "donde salió a relucir lo mejor y más noble, pero también lo peor y más cruel de las gentes de esta nación".

Pero hay por lo menos tres reportajes que hablan de la más atroz de las realidades colombianas del decenio: la toma y destrucción de pueblos enteros. Pilar Lozano nos ofrece en El País, de Madrid, un reportaje sobre todos esos colombianos desplazados por la guerra en la zona de Puerto Vega, un lugar sin Dios ni ley, donde "manda el que llega", y en el cual "los muertos, de lado y lado del río los ponen los civiles". José Navia nos habla de los pueblitos de una carretera del sur de Bolívar, Alirio Fernando Bustos sobre El Salado, mientras que Alfonso Salazar hace la crónica de la destrucción de Arboledas (Caldas), especialmente recordada por su sevicia, cuando los guerrilleros decapitaron a los policías y ju-

garon fútbol con sus cabezas, y hace una reflexión particularmente cierta: Los nombres de los pueblos sólo nos son familiares por las masacres. La geografía colombiana ya sólo la conocemos "más por los horrores que la violencia va regando, que por la virtud que tengan las tierras, sus gentes, sus paisajes y sus riquezas".



La filmación de una película de Víctor Gaviria, en la que tienen que buscar nuevos actores cada vez que matan a alguno y cuando la policía allana el set cada tanto sin saber que se trata de un filme, es un magnífico motivo para que Juan José Hoyos nos describa la vida cotidiana de las comunas de Medellín, "un pesebre lleno de estrellas" y lleno de desesperanza en medio de la montaña. "Todos esos pelados hablaban como Cioran y no habían leído ni a Gonzalo Arango". Estar vivo no es la vida, dice. Y Gaviria añade que en el mundo hay muchos barrios construidos en una ladera, pero no ciudades enteras.

María Teresa Ronderos escribe una pequeña biografía de Fernando Botero Zea... Pobre niño rico, como diría el que quisiera excusarlo. Y en verdad, me digo, que debe ser difícil vivir un mundo contrario al de casi todos los mortales, con una infancia en la cual las mesadas semanales eran descomunales (curiosamente no las del padre, hoy pintor multi-

millonario, sino las del padrastro, Andrés Uribe, una especie de Julio Mario Santodomingo de la época, como nos dice la reportera)... Daría la impresión de que para mantener un estatus de vida no le hubiera quedado otro camino que la delincuencia de cuello blanco. Como se estaba en el siglo XIX, tenía que comenzar su carrera con un gran duelo, y la firma Peter Hart le aconsejó que cazara peleas, si quería hacerse conocer. "No importaba si creía en lo que decía, lo importante era causar un efecto".



Luego viene el episodio en el que el presidente Samper siempre reclamó su inocencia y sólo confesó su ingenuidad y lo mal rodeado que estaba, lo cual para un político es peor que aceptar ser un corrupto y quizá sea una razón más poderosa que cualquier otra para abandonar un cargo que pesa sobre los hombros de sus conciudadanos. La autora recalca que por esos días una combinación de clientelismo, corrupción y eliminación del opositor hizo que se perdiera la dimensión ética de la política. "Los líderes se volvieron impermeables ante los dilemas éticos, pues eran tan generalizados los pecados, tan esenciales al sistema, que ni siquiera se veían como tales". Como lo analiza el politólogo Francisco Leal en el reportaje, "el presidente Samper es el producto más auténtico de ese sistema corruptor. Es un hombre simpático, sensible, moderno, demócrata, que se rodeó de gente moderna y técnica, pero al mismo tiempo usó todos los medios

sórdidos del sistema para llegar al poder". Personalmente, pienso que creerle a Samper su inocencia personal deja peor parada su imagen que si no le creyéramos. Más daño hace un bobo que un malo, dice un dicho popular. Que el jefe sea el único inocente no es un caso raro en la historia, pero no es desde luego la mejor recomendación ante el juicio imparcial de la historia.

Pero lo que más sorprende en el caso de Botero es el valor que tuvo para tener la osadía de estafar a los narcos y quedarse con su dinero.

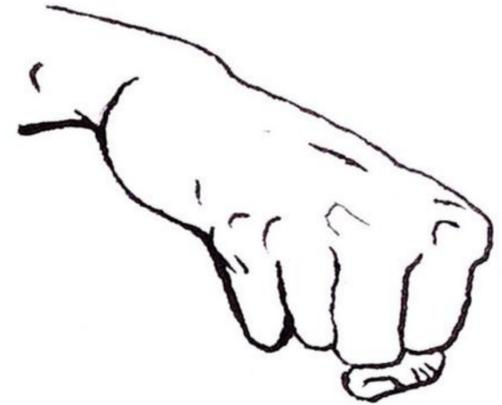
Otro reportaje nos muestra al mejor deportista de los últimos decenios, el pibe Valderrama, que en verdad, al igual que Willington, no tuvo suerte con la época que le tocó vivir, un jugador en cuyas estadísticas parece que sólo quedarán un título y una expulsión. El hombre del "todo bien, todo bien" no siempre es tan parco: "La vida nos enseña que uno no debe dejarse provocar ni guardar resentimientos hacia nadie".

Alberto Salcedo hace en *El Malpensante* una excelente narración, aún en caliente, de esa siniestra ruleta rusa que es un "paseo millonario" en un taxi bogotano, con alguna perla del humor negro que hace aún más patética la experiencia.

Y no podía faltar la historia de Alfredo Garavito Cubillos, alias Bonifacio Morera Lizcano, nuestro gran asesino en serie que tiene en su haber más de un récord Guinness, y al lado del cual palidece cualquier Jack el Destripador. Ciento cuarenta y dos crímenes oficialmente confesados en una minuciosa libreta de apuntes que cubre apenas siete años de actividad, unos veinte por año, con total impunidad y a lo largo y ancho de todo el país, todas las víctimas niños "pobres y varones, casi todos delgados, de rostro bonito, cabellos castaños y ojos café".

Los detectives, disfrazados de indigentes, lo persiguieron durante años. "El único resultado fue una grave enfermedad gastrointestinal de un infiltrado por ingerir comida descompuesta recogida de la basura". Es alarmante cómo la inteligencia de las autoridades pudo ignorarlo. "Cuatro

equipos departamentales de investigadores y varios detectives sueltos en toda Colombia trabajaban sobre sus respectivos casos pero casi nadie levantaba la cabeza para mirar la labor del vecino".



Juanita León presenta un recuento del secuestro del conocido periodista "la Chiva" Cortés, un hombre mucho más simpático en el fondo que lo que su apariencia de malhumor perpetuo daría a entender, muy parecido a su primo hermano Fernando González Pacheco, como dijo alguien, "pero en malo".

De Andrés Grillo es el reportaje sobre la muerte del popular Techos, un parapentista que será recordado, si no por su excelente humor, al menos por su memorable epitafio: "Aquí yace Jorge Abad, quien en vida disfrutó del descanso eterno".

Desde luego, aquí no están sino los casos más representativos de un decenio de horror. Pero si se trata de lo insólito, sí creo que hace falta, me digo, el reportaje, que no recuerdo quién escribió, sobre el ciclista ruso que estaba dando la vuelta al mundo en bicicleta y que fue asesinado en Urabá, por robársela.

En suma, yo recomendaría este libro, que deja un sabor amargo en la boca del estómago, a todos los que quieran, no digo explicar a Colombia ni menos aún al género humano, sino a los que deseen, con ánimo masoquista tal vez, regodearse en la literatura de terror y gozar del placer exquisito que produce tener todo el tiempo la soga al cuello y salir todos los días a enfrentarse con la ruleta rusa, no sólo de la pobreza, sino de las balas y explosiones.

LUIS H. ARISTIZÁBAL